

# Los nuevos retos políticos: ¿cómo gestionar la complejidad postelectoral?



**José Félix Tezanos**  
Director de *Temas*

**La** nueva complejidad política que se ha instalado en diversos ámbitos de la sociedad española, después de las elecciones municipales de mayo, responde en el fondo a una dinámica sociológica general propia de las sociedades de nuestro entorno, que no es exclusiva de España.

Los principales factores desencadenantes de esta dinámica son dos: por un lado, la complejidad creciente de las sociedades actuales en las que los intereses y los antagonismos se han diversificado y, en algunos casos, se han enconado hasta tal punto que las estructuras políticas tradicionales ya no son capaces de reflejar y traducir en las instituciones todo lo que está ocurriendo en la calle.

## La nueva complejidad social

La mayor parte de los artículos de esta sección, publicados durante los últimos años, han intentado llamar la atención sobre esta evolución social, muchas veces en base a los resultados de las diversas investigaciones empíricas realizadas por los profesores del Grupo de Estudio sobre Tendencias Sociales (GETS) y de la Fundación Sistema.

Cualquiera que repase la colección de la revista TEMAS y los libros publicados en los últimos años en la Fundación Sistema y en otras editoriales, podrá comprobar que lo que está aconteciendo, desde el estallido de protesta del 15-M y las diversas mareas ciudadanas, hasta el 24 de mayo estaba perfectamente delineado en sus diversas tendencias y eventuales traducciones políticas.

Por lo tanto, no nos encontramos ante algo que no pudiera preverse de antemano. Algo que, desde luego,

podía haberse logrado modular en sus efectos de más difícil gestión si, a su debido tiempo, la socialdemocracia europea en general, y algunos de los partidos socialistas en particular, hubieran (hubiéramos) sabido adecuar en mayor grado —y con suficiente prontitud—, el proyecto socialdemócrata y las formas de organización e intercomunicación ciudadana a las nuevas exigencias de esta época. Lo que, ciertamente, no era nada fácil a partir de las rigideces que actualmente encorsetan la dinámica europea —de la que formamos parte inseparable— y de la carencia de un horizonte político transnacional del proyecto socialdemócrata, capaz de dar respuestas positivas a las necesidades e intereses de todos esos sectores de la sociedad —entre ellos muchos jóvenes y excluidos— que tienden a dar la espalda a los partidos socialdemócratas, y que intentan buscar sus propias proyecciones y traducciones políticas. Búsqueda que es lógico que la intenten todos aquellos que no se sienten adecuadamente identificados y representados. Casi como ley de vida.

Aunque aún es mucho lo que se puede hacer desde los partidos socialdemócratas, y desde la izquierda clásica en general, para ponerse al día e intentar ser más inclusivos en la lógica de la representación política interna y externa, es preciso hacerse a la idea de que los mapas de representación política van a tender a ser más complejos y más fragmentados que aquellos que existían hace solo unos pocos años, en los que, en sociedades como la nuestra, operaban casi en exclusiva dos grandes partidos —o bloques— políticos de referencia, en base a estructuras sociales en las que los intereses estaban bastante más delineados y eran más fácilmente integrables.

### El precio de las políticas regresivas

El segundo factor básico que explica la forma en la que se han decantado los votos el 24 de mayo es la manera en la que ha gobernado el PP –pero no solo– durante los últimos años. Lo sucedido revela que cuando la política se realiza de espaldas a muchas personas y cuando crece el número de los que se sienten perjudicados, preteridos, o incluso condenados a la exclusión social por la acción de los gobiernos, resulta inevitable que todos estos electores te den también a ti la espalda en las urnas.

*Resulta sorprendente que aquellos que han apostado por un modelo de capitalismo presocial tan duro y erosivo, que deja tantos perdedores y excluidos, no sean conscientes de que están caminando hacia el suicidio político.*

Resulta sorprendente que aquellos que han impulsado un modelo de capitalismo presocial tan extremo y tan rasposo en tantos aspectos, no sean conscientes de que por esa línea están abocados al suicidio político y a la incompreensión social. Los que no entienden que las políticas económicas están condicionadas por variables políticas y sociológicas, no hacen sino practicar una extraña forma de autismo político que se encuentra condenado a ver minada su credibilidad y sus posibilidades de éxito; no solo como gobierno, sino también como gestores económicos y propiciadores de una mínima estabilidad institucional. ¿Había alguien tan ingenuo en el gobierno actual del PP que no era consciente de que todo lo que han estado haciendo, y la forma arrogante y antipática como lo estaban haciendo, no acabaría teniendo serios costes y repercusiones en las urnas? ¿En qué mundo viven –o vivían– algunos? Ahora lo están viendo y no harán sino empeorar las cosas si continúan reaccionando con una especie de rabieta infantil, orientando el tiro en direcciones equivocadas y planteando agresivamente problemas y contenciosos que no hacen sino alejarnos de los territorios en los que hay que intentar buscar soluciones reales y de fondo a los problemas sociales que de verdad existen, y a las incertidumbres de gobierno que puedan existir. Y empeorar.

Por lo tanto, lo ocurrido en España el 24 de mayo –aunque puede verse afectado por tendencias de reflujo y de

contraste frustrante con la realidad, e incluso por fracasos calamitosos– responde a tendencias de fondo que no serán fácilmente regresibles, si no se producen rectificaciones de fondo en sus principales causas precipitantes. Lo cual es algo que se relaciona directamente con problemas de carácter laboral, socioeconómico, de proyectos vitales y concepciones más generales sobre cómo organizar la convivencia, la gobernabilidad democrática, la distribución de la riqueza y la relación con el medio ambiente.

### Los nuevos mapas políticos

Lo ocurrido en Alemania durante los últimos lustros es bastante ilustrativo de la manera en la que pueden cristalizar las tendencias hacia una mayor complejización político-electoral, en función de la manera en la que se satisfacen las necesidades y aspiraciones de diversos sectores de sociedades cada vez más diversificadas. En este país, se ha pasado de un sistema de partidos bastante hegemonizado por dos grandes formaciones de referencia: la democracia cristiana y la socialdemocracia, a un mapa de partidos mucho más heterogéneo, en el que, en el campo de la izquierda –que también allí es mayoritario– se hace notar la presencia de un fuerte partido Verde, además de un partido significativo formado por los que no han tenido un buen encaje en el SPD y por antiguos excomunistas (La Izquierda-Die Linken) y, eventualmente, otros partidos de carácter más rupturista, como el Partido Pirata. Igualmente, en el campo de la derecha la democracia cristiana se encuentra con la competencia de nuevas y viejas formaciones de carácter más nacionalista, extremista y xenófobo.

La consecuencia de esta evolución es que, aunque el SPD y la Democracia Cristiana continúan siendo las formaciones más predominantes y las que mantienen suficiente capacidad para ofrecer alternativas de gobierno razonablemente coherentes y viables, cada vez resulta más difícil formar gobiernos unipartidarios, debido a la aritmética electoral imperante.

Todo ello, lógicamente, tiene unas consecuencias prácticas de enorme alcance, que es imposible gestionar lanzando conjuros y descalificaciones inmaduras y casi infantiles, como parece que intenta hacer el PP en España, cuando constata –en las urnas– que ya no tiene mayoría suficiente para gobernar por sí solo, y cuando comprueba, al mismo tiempo, que su política de dureza y arrogancia le ha llevado a quedarse prácticamente solo y sin posibles socios de gobierno. O al menos sin socios que estén dispuestos a quemarse por

completo en el intento. Como ocurrió en su día con el CDS, después de pasar por el *abrazo del oso*, de sus pactos con el PP de entonces. De hecho los apoyos decisivos de Ciudadanos al PP, han reducido prácticamente a este partido a la condición de comodín del PP, a cambio de unas supuestas promesas de regeneración que en Ciudadanos saben perfectamente que en el PP no se van a cumplir, entre ellas las celebraciones de elecciones primarias. ¿Alguien se atreve a plantear tal propósito a Rajoy en serio? ¿De qué tipo de democracia hablan algunos?

que piensa y desea la mayoría del electorado. Para lograr esta exigencia hay varios mecanismos que deben ser estudiados y considerados, desde el establecimiento de un sistema electoral a doble vuelta que garantice que, en cualquier caso, habrá gobiernos a fecha fija, sin tener que pasar por los espectáculos de los retrasos tácticos que se han visto en Andalucía, y por otros eventuales mercedeos políticos repudiables. Y, sobre todo, para garantizar que el que gobierne finalmente lo hará con el respaldo formal y explícito de más del 50% y no solo del 25% como va a ocurrir, por ejemplo, en el Ayuntamiento de Barcelona.



C. BARRIOS

### La gestión política de la nueva complejidad

En el nuevo contexto político-electoral, el problema clave es cómo se puede lograr gestionar la nueva complejidad social –y su correspondiente heterogeneidad de representaciones–, de una manera razonable, viable y transparente. Es decir, sin que se formen gobiernos de aluvión y emoción, que sin contar con el respaldo efectivo de una proporción suficiente del electorado se lancen a realizar políticas poco pensadas y de alta incertidumbre.

Precisamente, para evitar el riesgo de políticas que puedan producir efectos contraproducentes y trayectorias inviables, con los consiguientes rechazos y problemas, los países serios tienen que ser capaces de desarrollar mecanismos democráticos de garantías que permitan tener la seguridad de que no se va a gobernar en contra de lo

Otra opción es la que pasa por pactos de investidura y/o de gobierno. Bien sean temporales, bien de legislatura. En este caso –perfectamente legítimo y legitimado por la voluntad de las urnas– también es preciso ofrecer garantías suficientes a los ciudadanos de coherencia democrática y de eficacia procedimental. En términos de coherencia, por ejemplo, hay que asegurar que el liderazgo y/o articulación del gobierno corresponda a las listas más votadas y que ningún partido pueda imponer de manera absoluta y arbitraria sus criterios y propuestas a los demás, intentando decidir incluso qué persona está más o menos legitimada (¿por quiénes?) para encabezar las coaliciones y para aplicar unos y otros programas. Por lo tanto, cuando nadie ha obtenido en las urnas la mayoría absoluta de los votos debe entender que el programa legítimo de gobierno



C. BARRIOS

tiene que establecerse a través de transacciones razonables y no en base a criterios de restar y exigir giros "traicioneros" (a los votantes) de 180° y no se sabe cuántos otros propósitos disparatados y alejados de cualquier lógica democrática mínimamente sería.

*En sociedades que tienen un sistema de partidos crecientemente complejo, el principal reto es cómo gestionar la diversidad política con garantías de respeto a la voluntad mayoritaria y con una capacidad solvente de gobierno.*

### Exigencias y garantías de los pactos

Lo anterior implica que los pactos de gobierno o de investidura deben tomarse —y tratarse— como algo sumamente serio, que requiere rigor, capacidad de concreción y voluntad de transacción, en búsqueda de elementos comunes y viables. Por ello, en España algunos se han extrañado de la rapidez y alegría con la que se han sustanciado determinados pactos, y de la volatilidad —por calificarlo de una manera benévola— con la que han actuado algunos, apoyando a unos u otros partidos en función de consideraciones —o ventajas— no suficientemente aclaradas, con cambios de posiciones repentinas, que en ocasiones no se sabe muy

bien a qué respondían, o por quién estaban realmente dictados, ni con qué fines.

Durante estos procesos, algunos han recordado la manera en la que se produjo, por ejemplo, la negociación de la formación del último gobierno de coalición en Alemania, después de muchos días de debates y análisis concienzudos, con un documento perfectamente detallado de más de cien páginas, y con los correspondientes procesos de ratificación (mediante votaciones de sus bases y sus órganos) en los partidos signatarios.

El asunto no es baladí, ni el problema es pequeño, siendo mucho lo que nos jugamos ciertos países en estos empeños, sobre todo si los ciudadanos perciben que al final todo queda reducido a un juego de intereses alicortos, propósitos de preponderancia personal, competencias partidarias y otros elementos propios de la infra-política. Por lo tanto, cuanto más claros seamos y cuanto más avancemos en el establecimiento de reglas claras, y procedimientos precisos y bien garantizados, en el funcionamiento de pactos y acuerdos de gobierno, más coherentes estaremos siendo con los requisitos de buena funcionalidad democrática y de respeto verdadero a la voluntad de los ciudadanos. Ya decidan estos optar por unos pocos partidos o por muchos partidos. **TEMAS**